

Recensión:

Alba Rico, S. (2015). *Islamofobia. Nosotros, los otros y el miedo*. Barcelona: Icaria Editorial. 134 páginas. ISBN: 978-84-9888-661-0

David Gómez Godino *

Universidad Autónoma de Madrid

La idea fundamental que descansa en el texto es que existen esquemas universales de reconocimiento excluyente del otro que en la actualidad se están aplicando contra la población árabo-musulmana. Estos mecanismos que permiten la construcción de un otro “reconocible y eventualmente exterminable” son los mismos –y esto es sobre lo que el autor trata especialmente de advertirnos– que en su día permitieron que en Europa se tolerara, por activa o por pasiva, el intento de exterminio de la población judía durante el Holocausto así como su persecución durante los siglos anteriores.

La islamofobia, “ese discurso que habla mal de los otros”, al igual que el machismo, el antisemitismo, el racismo o la homofobia, son diferentes productos de la aplicación de esos esquemas de reconocimiento excluyente del otro. Dependiendo de los intereses cambiantes de las clases, grupos, géneros o etnias dominantes a lo largo de la historia, los destinatarios serán unos grupos u otros.

Nos dice Alba Rico que hay muchas maneras de dominar a los demás: matarlos, encarcelarlos, invadirlos... o conocerlos (de una manera determinada y no de otra). Existe una relación de estrecha intimidad entre el conocimiento y el poder. Para dominar, por lo tanto, hace falta conocer, y en ese conocer y por razones evidentes, la categoría “nosotros” –en este caso Occidente, unidad hegemónica– se construye en oposición y de forma antagónica a la categoría “ellos” –Oriente, los musulmanes, el islam– de manera que *nuestra* superioridad (moral, intelectual, política, cultural e incluso *racial*) no admita lugar a dudas.

¿Qué hace que nos impresione más –y genere una respuesta institucional y popular mucho más vehemente– el asesinato de 12 miembros de la redacción de Charlie-Hebdo que la masacre de 1563 civiles palestinos –entre ellos 538 menores– perpetrada por el ejército israelí durante el verano de 2014? ¿No fue esta misma clase de esquemas cognoscitivos, que nos hacen pensar, sentir, creer, que la vida de unos vale mucho menos que la de otros, lo que en otro tiempo histórico posibilitó los campos de exterminio nazis? El Holocausto fue posible debido a que el prejuicio antisemita estaba instalado en el imaginario de gran parte de la población europea de la época. ¿Puede suceder o está sucediendo algo parecido con la islamofobia?

Para Alba Rico, la islamofobia comienza con lo que él denomina lugares comunes o tópicos, y la selección y consagración consciente de unos en detrimento de otros. Edward

*Contacto: david.gomezgodino@estudiante.uam.es

Said, que reflejó magistralmente en su obra clásica *Orientalismo* la formación y desarrollo de los tópicos sobre el islam y los musulmanes, ya señaló que se toma “al oriental por un ser humano esencialmente atrasado, primitivo, que requiere del control civilizador”. ¿Y cómo se lleva a cabo este proceso de construcción de un otro “manipulable y eventualmente exterminable” (o *perseguable*, o *encarcelable*, o *colonizable*)? Alba Rico señala que a través de tres procedimientos:

1. *El otro como unidad*. Hablar de Islam, en mayúscula, como una totalidad homogénea, ignorando el hecho de que bajo ese rótulo se engloba a 1.400 millones de personas que viven en 54 países diferentes repartidos en cuatro continentes. Alba Rico (2015) afirma que,

desde el punto de vista del paradigma excluyente es muy importante convertir toda esta riqueza y pluralidad en una unidad homogénea. Tenemos que alejarnos todo cuanto sea necesario para que estos individuos concretos y sus relaciones concretas, propias de sociedades diferenciadas, con una riqueza enorme y dotados de historias muy diversas, compadezcan aglutinados en una pasta compacta, se presenten en masa o en multitud –y no por uno o en pequeños grupos– o, lo que es lo mismo, irrumpen en estampida y en un formato amenazador. (p. 45)

2. *Una unidad negativa*. Esto se consigue relacionando siempre y sistemáticamente dicha unidad homogénea –en este caso, islámica– con la violencia, el terrorismo, la opresión de las mujeres, la ablación, la lapidación, la delincuencia, etc. Esto, de manera implícita y paralela, construye un nosotros que viene a representar exactamente lo contrario: la razón, las luces, el progreso, la civilización, la tolerancia, la libertad.
3. *Una unidad negativa inasimilable*. Han sido siempre y seguirán siendo siempre lo mismo. Están fuera de la historia, varados en ella, lejos de toda posibilidad de cambio y evolución. Viven atrapados en las redes del islam, que como ya hemos visto no admite matices, y sus valores son incompatibles con los nuestros.

Para poder culminar este proceso, nos dice el autor, es necesario *racializar* el objeto de dominio, es decir, convertir a la población árabe y musulmana en un grupo racial diferenciado y sus cuerpos –poderoso marcador– en una prisión que les impide escapar a sus destinos de colonizados o dominados. La idea de *esencia* –sobre todo cuando hay rasgos físicos diferenciados– tiene un poderoso carácter explicativo (“son así por naturaleza”), además de que cierra la posibilidad de que se pueda modificar a través de la educación y/o la experiencia. Esta operación, a su vez, desencadena una suerte de reacción confirmatoria en los propios objetos de dominio *racializados*, pues “tienden a etnificarse; a desarrollar signos indumentarios de identificación colectiva” (p. 58).

Para Alba Rico, esta lógica acción-reacción-reacción, en la que finalmente todo es reacción, alimenta de igual manera tanto al yihadismo como a la islamofobia. Ambas posturas, excluyentes y totalitarias, se necesitan mutuamente pues sin la una difícilmente se *autolegitimaría* la otra. Ambas emplean el mismo tipo de esquema de conocimiento excluyente del otro (siguiendo los tres procedimientos anteriormente expuestos) y ambas articulan sus posturas en y desde el discurso del miedo. Miedo que, empleando los artificios oportunos, puede devenir fácilmente en odio.

Sucede que en ocasiones la islamofobia adquiere formas de lo más diversas y procede de lugares no menos dispares. Alba Rico apunta que la islamofobia no es un fenómeno que se pueda reducir al espectro ideológico de la derecha, pues en la izquierda política se llega a

expresar desde posiciones antirreligiosas hasta feministas. La cuestión del velo o *hiyab* es sin duda arquetípica, pues en su tratamiento y crítica se esgrimen tanto argumentos de corte feminista liberal como enfoques que se incluirían en lo que Alba Rico denomina *fundamentalismo laico*.

Alba Rico señala como desde el feminismo liberal —que defiende los valores de las mujeres blancas de clase media— habitualmente se ignora el hecho de que llevar el velo o *hiyab* puede tener significaciones múltiples y hasta contradictorias: puede ser efectivamente un signo de opresión (Arabia Saudí) o, por el contrario, una “*toma de conciencia* y un desafío político asumido libre y a veces heroicamente” (p. 86), como en la dictadura tunecina de Ben Ali, donde el velo simbolizaba la resistencia contra el régimen y contra el imperialismo occidental en que se apoyaba. En palabras de la directora de una Asociación de Mujeres de Beirut gestionada por Hizbullah:

El velo es una elección estratégica. Mediante él nos humanizamos, nos convertimos en sujetos de razón, nos volvemos “audibles” e influyentes, dejamos de ser un objeto amenazador o despreciado para pasar a ser “iguales” a los hombres, a los que podemos así disputar el espacio político y al mismo tiempo —y por eso mismo— imponer otro modelo de relación con las mujeres (...) El velo es nuestra única posibilidad de participar en la vida pública, la única vía para transformar la sociedad y cambiar también a los hombres y pensamos por lo tanto en un futuro en el que podamos salir, hablar y hacer política sin él. Pero para quitarnos el velo primero tenemos que ponérselo. (p. 89)

Respecto a esta cuestión, desde el fundamentalismo laico se ha equiparado la pared de una escuela —res pública— con el cuerpo de una niña —ámbito privado—. Laicismo significa separación radical Estado-confesiones religiosas, pero asimismo significa la salvaguarda sin matices de la libertad de conciencia. La islamofobia también se camufla bajo discursos en favor de la “libertad de expresión”, como sucedió a partir de los atentados al semanario satírico francés Charlie-Hebdo y la discusión en torno a las caricaturas de Mahoma. Se instrumentaliza dicha libertad de expresión: bajo su amparo se ridiculiza al profeta para luego, basándose en las reacciones que provoca, confirmar que los musulmanes son los enemigos de la libertad. “Insultar a un negro es racismo, insultar a un judío es antisemitismo e insultar a un musulmán es libertad de expresión” (p. 102).

Finalmente Alba Rico, en el apartado de conclusiones, nos recuerda que no se trata de caer en la tentación del *culturalismo* (todas las creencias son buenas en sí mismas y son los seres humanos los que son malvados). La cultura musulmana, al igual que cualquier otra, puede y debe ser sometida a crítica. La islamofobia aparece cuando se niega precisamente esa posibilidad o el hecho de que ya lo haya sido en numerosas ocasiones, desde dentro y desde fuera. Concluye el autor diciendo que “la islamofobia es el equivalente en el espejo del islamismo yihadista. Sus discursos esencialistas funcionan de la misma manera, se alimentan recíprocamente y conducen a los mismos crímenes. Para vencer al segundo, hay que luchar también contra el primero” (p. 125).

Breve CV del autor

David Gómez Godino

Graduado en Educación Social y Máster en Formación del Profesorado de ESO y Bachillerato (especialidad en Orientación Educativa) por la UCM. Actualmente cursando

D. Gómez Godino

el Máster de Antropología de Orientación Pública en la UAM. Email:
david.gomezgodino@estudiante.uam.es